

¹ Carta originalmente publicada en el diario *El Pueblo* de Buenos Aires y reproducida por *La Reforma Pacífica* también de Buenos Aires, de donde es reproducida por *La Patria* de Valparaíso el 23 de marzo de 1865, de donde la hemos tomado. La carta aparece precedida por la siguiente noticia editorial: “Un acontecimiento doloroso para la América republicana ha llenado de amargura al pueblo de Buenos Aires. / En la mañana del 19 de febrero descendió a la tumba, en esta ciudad, el noble proscrito chileno FRANCISCO BILBAO. / Discípulo querido de Lamennais, discípulo y amigo de Quinet y de Michelet, había importado a la América, el señor Bilbao, la más ardiente prédica del racionalismo y del amor universal. / El fanatismo religioso y el despotismo político no le había permitido posar su planta en más de una república de América. La persecución de la Iglesia y de los déspotas, y el amor de los encarcelados y de los humildes fueron sus gloriosas conquistas en la tierra. / Murió en la pobreza; mas sus obras literarias, políticas y filosóficas componen un tesoro inestimable para sus contemporáneos, y para la posteridad que ha de sucederle en las luchas de la democracia americana. / La carta que su digno hermano, el señor Manuel Bilbao, ha tenido la bondad de permitir que la publique hoy el *Pueblo* y que es dirigida al señor Lillo, describe con la sencilla elocuencia de las amarguras fraternales, los últimos momentos del ilustre filósofo, cuyo sepulcro aún no se ha cerrado al llanto de sus amigos ni al respeto de sus admiradores”.

MANUEL BILBAO

Carta a Eusebio Lillo¹

Buenos Aires, febrero 24 de 1865

Señor don Eusebio Lillo.

Amigo querido:

Es a ti, amigo de la infancia, a quien quiero contar los últimos días de mi hermano Francisco; porque tú fuiste celoso de su honra, lo comprendiste y en la ausencia supiste defenderlo.²

Posteriormente, la carta fue publicada con modificaciones por el propio Manuel Bilbao en su *Vida de Francisco Bilbao*, pp. CLXXIX-CLXXXIV.

² Eusebio Lillo es el autor de “La Igualtaria”, el himno de la Sociedad de la Igualdad, redactor de *El Amigo del Pueblo*, el diario de la Sociedad de la Igualdad, y colaboró entre los igualitarios en la revolución del 20 de abril 1851: “Volvi a Santiago a principios de abril del 51, precisamente a tiempo para verme mezclado en el movimiento revolucionario del 20 de ese mes. Entonces la cosa se puso un poco más seria y como supe que el Gobierno tenía intenciones de echarme la mano encima, anduve por ahí a salto de mata y logré embarcarme para el Perú en un bergantín donde hice una navegación malísima, sufriendo mucho a bordo. Fui condenado a muerte y esto me obligó a permanecer algún tiempo fuera del país”, dice el mismo Eusebio Lillo en entrevista a Carlos Dilva Vidósolea en septiembre de 1905 (Eusebio Lillo, *Poesías*. Introducción de Carlos Silva Vildósolea. Nascimento, Santiago, 1823, p. 16). B. Vicuña Makcenna lo llama el “compañero de intimidad del menor de los Bilbao”, de Manuel, redactor de *La Barra* en 1850, el segundo diario de La Sociedad de la Igualdad.

Prescindamos del dolor para dar cabida al recuerdo desnudo de sus últimos momentos.

Llegué a Buenos Aires el 2 del corriente.³ Francisco se encontraba en Luján, hacía dos meses, tomando temperamento. Su salud estaba perdida.

Hacía seis años que sufrió un ataque de pulmonía, residiendo en el Paraná; un ataque tal que bien puede comprenderse por la siguiente frase que Francisco escribía a Don José M. Lagos en carta de mayo 25 de 1859:

“He estado muy enfermo, le decía; – hubo un día, en que ya me *daba de baja* para el otro mundo; – y contemplando el crepúsculo de una magnífica tarde, pensaba en los horizontes futuros de la nueva vida; – pero el mal cesó, se detuvo la sangre, etc.”.⁴

Desatendida una enfermedad tal, el pulmón izquierdo quedó desde entonces dañado, y su vida fue una sucesión de ataques más o menos graves, cuyas trascendencias no fueron bien calculadas. Su vigorosa naturaleza le engañaba y engañaba a los que le rodeaban. Remedio eficaz habría sido entonces alejarse de estos climas mortíferos para esas enfermedades, pero le detuvo la consideración de no amargar los últimos días de mis padres, con la ausencia. Las veladas y cuidados prodigados a mi padre en sus últimos días, le impresionaron fuertemente. Catorce meses de un matrimonio verdadero, vigilado minuto a minuto por una esposa⁵ que ha excedido cuanto puede desear el amor para la conservación de un ser, le mantuvieron la esperanza de restablecerse. Tuvo un hijo⁶ que perdió al mes. Sus no interrumpidos pesares, sus constantes trabajos, sus agitaciones y sufrimientos por los crímenes que se vienen consumando en América, le condujeron a acelerar sus días. Reaparecieron los vómitos copiosos de sangre y su físico se consumió.

En tal situación le encontré.

Francisco esperaba mi llegada con una ansiedad indescribible, al extremo que temía la impresión del primer abrazo. Dos días antes de mi llegada exclamaba: “¡Dios mío, consérvame la vida para ver a Manuel!”. Francisco había deseado siempre morir en mis brazos. Temía que sus últimos momentos fuesen alterados por exigencias del catolicismo, y su confianza en que yo le guardase el reposo de sus convicciones era ilimitada.

Mis hermanos Rafael y Luis se encontraban a inmensas distancias de esta ciudad⁷, ignorando la situación grave de Francisco. A mi madre⁸ y hermana⁹ fue necesario ocultarles lo posible el peligro que amenazaba a todos. El día 5 me fue permitido ver al enfermo en Luján. Nuestras almas se confundieron y comprendieron en un abrazo mezclado por las lágrimas. Hacía diez años que

³ Manuel Bilbao llegó a Buenos Aires el 2 de febrero de 1865 procedente de Lima, donde residía exiliado desde enero de 1852.

⁴ Esta es la versión de Manuel Bilbao, en efecto, también en su *Vida de Francisco Bilbao*, p. CLXXI. Su muerte, sin embargo, fue consecuencia de una tuberculosis detectada hacia fines de 1857 en Buenos Aires.

⁵ Pilar Guido Spano.

⁶ Lautaro Bilbao Guido.

⁷ Rafael y Luis Bilbao se encontraban en la hacienda familiar de la provincia de Entre Ríos.

⁸ Mercedes Barquín Velasco.

⁹ Quiteria Bilbao Barquín.

nos habíamos separado. Entonces él, perseguido en el Perú, dejaba aquel país llevando en sí juventud, robustez, vida, y ahora le encontraba cubierto de canas, consumido, deshecho, sin color, sin fuerzas, – un cadáver. Toqué su cuerpo y encontré hundido el costado izquierdo de su pecho, prominente el hombro de ese costado y su estatura encorvada. El costado afectado daba un sonido al golpe que recibía en el examen, que demostraba la desaparición del pulmón. Se sentía allí la existencia de una caverna. Aplicando el oído allí, al hablar Francisco, se sentía la voz tan clara cual si saliese por la boca. La arteria que alimentaba ese pulmón destruido se había relajado y la menor impresión, la menor alteración en su organismo, le producía al instante derrames de sangre que ocasionaban esos vómitos terribles que desgarraban el alma de dolor.

Los doctores Irigoyen y Fernández le asistían con ternura. Su esposa y don J. M. Lagos, el amigo íntimo de Francisco, el depositario de sus alegrías y pesares, lo asistían.

A mi llegada se hizo un nuevo examen de la enfermedad. Retirado con los doctores, me hicieron una demostración del estado de Francisco, que me heló. Les consulté sobre la conveniencia de un viaje a Chile y aprobaron la idea. Hice presente todo a mi hermano, le hice conocer varios casos prácticos de gentes que vivían con un pulmón. Largas horas le entretuve describiéndole los adelantos de Chile. Fijamos nuestro viaje para el mes de marzo. Fue entonces que Francisco, olvidando sus males y animado por el entusiasmo radiante que le caracterizaba, nos dijo: “Ahora sí que creo sanar”.

Al siguiente día regresamos a Buenos Aires. Se notaba una reacción favorable en sus fuerzas. Su rostro estaba inundado de alegría.

Le era prohibido hablar. Estaba condenado a una quietud extraordinaria; pero se notaba en él un contento al saborear la narración de recuerdos y de cosas que se acopian en diez años de separación.

Se pasaron tres días en que las esperanzas acrecían y cuando más descuidados estábamos, un ataque le sobreviene y arroja *dos libras* de sangre. La noche la pasó agitada y sin hablar. Al siguiente día, cuando se hubo calmado, conseguimos hacer recostar a su esposa que estaba bien enferma. Cuando se vio a solas con Lagos y yo, Francisco se incorporó y nos dijo:

– “Estamos solos y es necesario que hablemos como hombres”.

Nos quedamos mustios y ahogando nuestros corazones.

– “Es necesario, continuó, no hacerse ilusiones sobre mi vida. Yo me siento morir y quiero aprovechar estos momentos con Uds.. Esta tarde tal vez pierda la cabeza”.

Le hicimos ver que no creíamos tan inmediato el momento.

– “Sin embargo, me dijo, quiero hacerte mis encargos”.

Sus disposiciones fueron breves, terminando con estas palabras:

– “Michelet, Quinet”.

Transcurrió un momento de silencio.

– “Ahora estoy tranquilo, nos dijo, porque es un consuelo hablar con hombres como Uds.”.

Momentos después entró el Dr. Muñis. Le examinó e hizo una disertación sobre el estado de la enfermedad, dando esperanzas de la vida.

– “Hábleme Ud. como a hombre, le interrumpió Francisco. Me siento con una energía sobrenatural. No crea Ud. que tema la muerte; al contrario, si no fuera por los que me aman, por los que dejo, la desearía como una felicidad, como un descanso”.

Las esperanzas estaban perdidas. El Dr. Iturrios reemplazó al Dr. Muñis, y como los ataques se sucedían, Francisco me pidió ver al Dr. Rawson, para darle el último adiós. El señor Rawson acudió a ver al amigo. Todos le desahucieron.

En estas circunstancias el señor Lastarria se acercaba a Francisco, y como dicho señor le hubiera hecho concebir grandes esperanzas de llegar a Chile, mi hermano le llamó y le dijo:

– “Ya no puedo hacer el viaje”.¹⁰

En cada vómito de sangre uno veía salir, escaparse la vida de Francisco. Cuando cesaba éste, el corazón se agitaba con una violencia espantosa que amenazaba estallar. Era que llenaba las arterias que se vaciaban.

– “Es preciso no sorprenderse, me decía, en estos momentos, estar preparado a todo. La muerte puede ser instantánea. Ten ánimo, hermano mío”.

Prodigaba los consuelos y se preocupaba de lo que iban a sufrir sus deudos. Para cada uno un recuerdo, una prevención, un consuelo. Y a tal grado llegaba su abnegación, que me pidió consultase a los médicos, si alcanzaría a salir de Buenos Aires, para irse conmigo y “ahorrar ese mal rato a los que me aman”.

Familiarizado con la muerte, nos decía a menudo:

– “Esta es la primera batalla que mando en jefe”.

Había en Francisco tal amor, tal energía y tal alegría en su semblante, tan exquisito cuidado por cuanto le rodeaba, que al contemplarle en sus últimos días, te aseguro, amigo mío, que en el fondo de mi alma envidiaba su muerte. Y es la primera vez que he sentido esta pasión.

¹⁰ Véase el texto de la carta de José Victorino Lastarria a Eduardo de la Barra, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

Uno de los encargos especiales que nos hizo cuando se sintió mal, fue:

– “Mucho cuidado con que no me incomoden los católicos. Cada vez siento más fuerza en mis convicciones. Mi conciencia nada teme. Todo cuanto he hecho ha sido procurando el bien. Estoy muy tranquilo”.

Y como yo le asegurase que nadie turbaría su tranquilidad y moriría tal cual lo deseaba, Francisco, animado de placer, me dijo:

– “Y en último caso, Manuel, mis pistolas están listas para hacer respetar mi voluntad. Tómalas”.

Y bien, amigo mío, un hombre que tal se conduce, ¿puede dejar dudas sobre la honradez de su conducta, la moralidad de sus acciones, la religiosidad de sus principios y la santidad de sus convicciones?

En aquellos momentos de reposo que sucedían a las crisis destructoras de su organismo, se le veía a Pancho reír, jovial y tan satisfecho y tan conforme de su fin que exclamaba:

– “¡Cuánto agradezco a mi Dios la tranquilidad que me da!”.

Y en seguida se recreaba su pensamiento en meditaciones profundas, en recuerdos deliciosos. Hacía gozar verdaderamente al que le contemplaba. Recordaba a veces y repetía la frase final de Lamennais:

– “Estos son los bellos momentos”.

Otras, tratando de formar un festín de sus adioses, recordábamos la cena de los Girondinos, y decía al amigo Lagos:

– “Pregunta a los médicos si la cuestión es de horas”.

Los médicos no designaban el término preciso.

– “Si yo lo supiese, nos decía sonriendo, tendría una cena; pero si sobrevivo a esta, el efecto sería descolorido”.¹¹

Pasamos así los días últimos, recibiendo visitas de sus amigos y ocultando su término a nuestra anciana madre que le veía con frecuencia, a pesar de sus achaques.

Llega el día 18 y entonces los accidentes se repiten con suma frecuencia. Y sin embargo permanece recibiendo hasta las 11 de la noche. Se retira al lecho y duerme deliciosamente hasta las 5 de la mañana del 19. A esa hora le dieron un poco de jalea y se durmió hasta las 6. Recuerda alegre y atiende con afecto a su esposa que permanecía sentada a los pies de su cama.

¹¹ Esta es la única referencia posible que conocemos a la *Historia de los girondinos* de Lamartine. Véase al respecto el texto de Benjamín Vicuña Mackenna, *Los girondinos chilenos*, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

A las siete le viene una toz suave y desgarrar con facilidad; pero al desgarrar sucede otro, y sentándose en el lecho, me dice muy despacio:

– “Ataque”.

En un momento hago recordar a los que dormían la velada. Acude el amigo Lagos, y el señor Francisco López Torres¹² y don Eduardo Guido.¹³ Ya tenía llena una palangana. La sangre no paraba. Francisco se trata de incorporar y nos dice:

– “Aire”.

Se sienta en el borde del lecho sosteniéndole de cada costado Lagos y yo. Francisco ve entonces a su esposa y nos dice:

– “Retiren a Pilar”.

Y acto continuo, se saca un anillo y lo arroja a su mujer que imploraba de rodillas la dejasen allí.

El señor López Torres la toma en sus brazos y la coloca fuera de aquella escena. Y apenas regresa este amigo, Francisco, después de llenar una segunda palangana de sangre, nos dice: “Este es el último”, y en seguida expira con una sonrisa angelical.

Tal fue su término.

Jamás olvidaré aquel cuadro.

Si para el alma de Francisco no hubiera un cielo, un trono al lado del Dios infinito, Eusebio, no creería en el premio de los buenos.

¡Qué lección para los que le combatieron y qué ejemplo para los que le amaron!

Te abraza tu amigo.

Manuel Bilbao.

¹² Se trata de un discípulo de Bilbao y a quien corresponde, junto a Carlos Paz, la primera iniciativa de publicación de las Obras Completas de Francisco Bilbao. También es autor de un artículo sobre Bilbao y *La América en peligro* (1862) publicado en *La Tribuna* de Buenos Aires: “¿Has recibido un artículo de la *Tribuna*, sobre la *América*, que te envié, de un joven López-Torres?”, pregunta Bilbao a Miguel Luis Amunátegui en carta del 3 de diciembre de 1862.

¹³ Eduardo Guido Spano, hermano de Pilar.

NOTA. Los diarios te impondrán del apoteosis que se hizo a su memoria.

Su cadáver reposa en el sepulcro de mi padre.

La Iglesia nada ha tenido que hacer con sus restos.